

# Los ochenta años de Israel Roa

RICARDO BINDIS

Las monografías que hemos preparado para esta publicación se han referido a valores consagrados de nuestras artes visuales, con motivo de la dedicación de más de medio siglo al servicio de una causa superior. En esta ocasión queremos recordar los ochenta robustos años de Israel Roa Villagra, consagrado con el Premio Nacional de Arte en 1985, después de recibir alta votación en ocasiones anteriores. El máximo glosador plástico contemporáneo de la geografía, el hombre, las costumbres y los mitos de este país ha sabido usar la chispa criolla para expresarse en óleos y acuarelas, con una originalidad que deseamos explicar en estas páginas universitarias.

La “Ciudad de los Confines”, Angol, lo vio nacer el 28 de mayo de 1909 y su irresistible deseo de comunicarse por medio de las formas y colores lo trajo a la capital en 1927, para matricularse en la Escuela de Bellas Artes, siendo el último alumno de Juan Francisco González, el legendario maestro de los paisajes campesinos y las flores en la mata. Estamos en los momentos culminantes de la polémica década del veinte y los años finales del gran impresionista criollo, que recomienda a Roa para una beca en España, en una carta emocionada que dirige a Fernando Alvarez de Sotomayor, en 1931, dos años antes de que se detuviera su generoso corazón, como apreciamos en las líneas manuscritas que ya son para la historia.

La mano del viejo pintor toma la pluma para alabar a este joven que recién ha cumplido la mayoría de edad. En sus acápites destacados, expresa, con verdadera intuición: “La presente tiene por principal objeto, recomendarle a un joven de la escuela que, en mi concepto, creo que se ha hecho acreedor a toda estimación, no solamente por su aprovechamiento, sino por sus dotes de carácter muy definido”. Una verdadera premonición, ya que el tiempo justificaría estos elogios, escritos en los inicios de 1931, un año de

agitación y demandas estudiantiles, que nuestro artista vivió con pasión en los talleres del Parque Forestal, en los dramáticos sucesos del invierno de ese año.

Seguir la carrera artística en más de sesenta años de duro bregar, es difícil, porque la producción es fecunda y variada. Su hoja curricular nos informa que en 1930 realiza su primera exposición individual, en la sala "Rivas y Calvo", la misma que promovió el escándalo del grupo "Montparnasse", apenas un lustro antes de esta presentación juvenil. Los recortes periodísticos recuerdan este momento con alusiones simpáticas a este valor que se proyectaba; la situación se repite un par de años después y llega a su culminación —en esta faceta inicial— con la exposición que presenta en el Museo de Bellas Artes, acompañado con el escultor Samuel Román, muy semejante en sus inclinaciones formales.

La *Revista de Arte* nos ofrece una crónica sabrosa de esta exposición que se presentó en la Sala Chile, en diciembre de 1935. El cronista que firma H (presumiblemente Carlos Humeres), dice: "Discípulo de Juan Francisco González, el más chileno de nuestros pintores, Roa ha heredado íntegra la sabrosa opulencia de su visión y el viviente arabesco de la pincelada, que da una fisonomía tan expresiva a sus temas, haciéndolos rebasar los marcos de lo puramente impresionista. Todo se organiza en sus telas con un ritmo movable y espontáneo, que unido a su sensibilidad con que dispone el color, produce un efecto de emoción honda y sugestiva".

La carrera docente comienza en este momento, al asignársele el curso de dibujo vespertino en la Escuela de Bellas Artes, que se ha reintegrado a la Universidad de Chile hace unos pocos años. Ha quedado rondando, eso sí, el deseo de perfeccionarse en Europa, cuando de improviso se abre el concurso para la Beca Humboldt, en 1937, que le permite estudiar en Berlín durante dos años. Viaja ávidamente por el Viejo Continente y penetra en su espíritu el valiente trazo de los expresionistas y la alegría cromática de la Escuela de París, pero sin renunciar a los impulsos costumbristas, a la pasión popular que lo hace vibrar con el bullicio de los mercados, las mesas del pueblo y las fiestas nacionales.

En la historia del Museo de Arte Moderno de Nueva York se consigna que durante el conflicto bélico mundial al aislarse Estados Unidos de Europa, el director Alfred H. Barr se orientó hacia el arte de América Latina. Se adquirieron piezas de Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, México, Perú, Uruguay. Los chilenos Roberto Matta e Israel Roa pasaron a incrementar el espectacular conjunto de arte contemporáneo que se puede contemplar en la calle 53 de esta activa metrópoli. *El cumpleaños del pintor*, que nuestro artista realizó al regreso de su estada en el Viejo Mundo, en

1941, resume la totalidad de sus vivencias y el ímpetu renovador de su obra, plena de brochazos salidos del corazón.

La obra máxima del maestro angolino muestra ya a los treinta años una completa madurez, la definición de un estilo que será muy reconocible a través de toda una vida. Esa pincelada que surge como marejada, con el furor de la improvisación, le sirve para conseguir sus formas decididas y la composición abigarrada, con ese despliegue de objetos domésticos y personajes alegres. *El cumpleaños del pintor* documenta de manera eficaz su formación profesional, que alcanzó su clímax en el período de entreguerras, un momento dramático de la humanidad —estaba en París poco antes del estallido del conflicto universal— que se filtra en su sangre y lo carga de fuerte expresividad, sintiendo el problema que vive el mundo.

Los volúmenes amplios, los hombres recios, de vigorosa musculatura, tienen marcado interés en este ciclo. *Capador de gatos negros*, *Mi tío Cardenio*, *Cementerio de Angol*, con una definición casi muralística, son hitos valiosos de su producción. Llegamos así a un nuevo peregrinaje plástico para ampliar horizontes. Recibe una beca del Gobierno de Brasil, en 1944, para permanecer un año en tierras feraces. Allí puede absorber los ceñidos arabescos del trópico y valorar la intensa vibración cromática del sol rotundo, sin que merme su discurso propio, hecho de grandiosidad para tratar los personajes y de elocuencia para recordar los sucesos vernáculos.

En esta memorable estada en Río de Janeiro, recibe el apoyo de Gabriela Mistral, que le escribe un “recado”, que es de las piezas más brillantes sobre pintura de la ilustre creadora de *Lagar*. En su parte medular eleva la inspiración para decir: “Roa, después de su alianza con el óleo, que convence al pintor y al público de las exposiciones, por su brillo de mirada humana, tuvo un día el encuentro con la acuarela, lo mismo que el Padre Dante lo tuvo con Beatriz —el pardo material de trabajo no vale el fogonazo de la inspiración, pero puede mucho. La *Vida Nueva*, también aquí, no arrancó de cuajo la costumbre: el óleo subsistiría, lo mismo que quedó en pie la antigua mujer del Alighieri después de Beatriz”.

Las exposiciones se suceden en distintos ámbitos: Buenos Aires, Bogotá, Lima, Sao Paulo. Su regreso a la tierra le tiene preparada una sorpresa: vence en el Salón Oficial, con la máxima recompensa al obtener el Premio de Honor, en 1946. El jurado ha deliberado con ecuanimidad para dignificar el sabor humorístico, la gracia vernacular, que preside la obra del pintor, no obstante unida a su pasión expresiva, que obtiene más rotundamente con la pastosidad de la pintura al óleo. Las pinceladas crispadas y las gamas con referencias fundamentales a la realidad, brillan en este certamen anual que or-



ganiza la Universidad de Chile, desde el siglo diecinueve, pero modernizado en el afán de consagrar el aporte contemporáneo.

Queremos hacer un alto en su labor plástica y recordar una larga entrega a la tarea universitaria. En los comienzos de la década del cuarenta se le nombra profesor de cátedra, en la especialidad de acuarela, que sirve por treinta años en la Escuela de Bellas Artes. La fluidez de los trazos, la transparencia de los pigmentos y la gracia del boceto harán de Israel Roa el más conocido de los artistas de la pintura al agua. Por su taller pasaron centenares de alumnos que recuerdan todavía sus bondades de profesor, además de su facilidad para demostrar el dibujo ágil, en el albo papel, con unos golpes sumarios de tonos aperlados o terrosos, para diseñar el rancho campesino que lo emociona.

En los comienzos de la década del sesenta recorre Europa por varios meses, en un reencuentro con las obras maestras de la Historia del Arte, que se fijaron en la memoria durante la juventud. La retina se vuelve a estimular con monumentos, iglesias, museos y galerías de Francia, España e Italia, que estudia con el detenimiento del hombre maduro, conocedor de los secretos del oficio. Repasa su producción y emprende nuevamente temas que le parecen incompletos, para realizar una hermosa exposición en la inolvidable sala de la Universidad de Chile, en la casa central, que nos estimuló a escribir unas notas muy sentidas en el diario *La Nación*, que nos acogió en sus páginas durante catorce años. Hace más de dos décadas, pues, penetramos en la médula de su quehacer.

La obra de Israel Roa es una clara demostración de fidelidad a los ensayos iniciales, de la permanencia en un mismo camino, pero sin perder vigencia plástica. El apasionado tratamiento de sus cielos tormentosos, el misterio de la noche profunda sobre los caseríos solitarios de la costa y la explosión clamorosa de los colores ardientes, están en esta exposición. Los mariscos desplegados sobre la mesa del pueblo, las ranas en coloquio amoroso, la mirada acechante de los gatos y el arrullo de las palomas, vuelven a ser centro de la temática del pintor. Hay respeto por los asuntos modestos, por las cosas sencillas, pero existe algo agresivo en la línea sumaria, en el dibujo que trema, que le comunica tanto vigor a sus pinturas.

En el más mínimo croquis hay cierta nobleza colorística. La solemnidad de los azules graves, profundos, es lo que impera, que ha repetido argumentos que constituyeron los mejores aciertos de hace unos años: *Viudas del Rapanuí* y *Los enamorados*. El tinte evocador, la vuelta a momentos culminantes del pasado y la exaltación de lo que resta de un Chile que se va, han quedado trasladados a los lienzos de Roa, con sentimental color ambiente. No es que el artista se esclavice en la pura representación. Está muy lejos del



objetivismo naturalista y sabe transmutar con elevada plasticidad el espectáculo del natural, con el vigor formal que lo caracteriza.

Las pinceladas se disparan con arrebató pasional, con frenética improvisación y, a pesar de sus patéticos nocturnos, hay fuerza existencial, amor por la vida. Se siente la huella del hombre en los terrenos fangosos del sur nuestro, el goce por el despertar de la naturaleza, el coloquio amoroso, carnal, de los desnudos ante el mar. El artista mira su mundo y fija la vista en detalles inesperados: *Ventanal (Pioja)*, con suficiente valor plástico como para proyectarse más allá de los techos humildes, de las barras de un pobre ventanal y entregarnos un cuadro novedoso. Como siempre, en temática y tratamiento formal, hay algo desafiante, original, en el artista que comentamos, que nos interesa.

El sabor humorístico, la gracia criolla, a menudo aparece en la obra del maestro, pero unida a su inclinación expresionista, que se da más concretamente con la sensualidad del óleo. Se mantiene como una constante, eso sí, la forma crispada y el color potente, en pinturas plenas de mordacidad, que Israel Roa entrega en forma sublimada. Las palabras de Luis Oyarzún son muy justas para definir al autor de *Ranas enamoradas*, cuando dice: "En estos horizontes de pesada soledad se siente un jadeo mental que anima dramáticamente el perfil de sus formas. La convulsión dramática, el barroquismo de sus selvas frondosas, de sus alucinantes toques de pincel, surgen en cualquier zona del lienzo o el papel humedecido por el agua".

Se dan en su producción las más rotundas oposiciones. Tremendo amor por la vida y acongojada mirada a la covacha del pueblo. Tintas bituminosas de tragedia y eclosiones festivas. Cuadros trabajados muy intensamente y otros apenas tocados. Israel Roa no puede ser de otra manera. Es la entrega rotunda, fraternal, en algunas obras, y el humor negro, mordaz, en otras. Esta es una de sus características y que lo han llevado a ocupar un sitio tan empinado en la pintura chilena, con un problema regional, pero que no ha perdido el contacto con las mejores realizaciones de Europa, crisol de los movimientos nuevos. A lo largo de más de medio siglo ha luchado en defensa de sus principios, pero ha revisado mucho, en varios viajes, la gran pintura del mundo, los valores eternos del arte.

En el retrato también alcanza resultados significativos —Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Pablo Picasso—, a pesar de que parece un asunto poco recomendable para un artista emotivo y de marcada subjetividad, pero sabe definir los rasgos fisonómicos sin olvidar los enfáticos trazos y el cromatismo encendido que le han dado fama. En *Retrato de Paz*, alcanza notable originalidad al aprovechar el feliz arabesco de la silla y el ritmo ondulante de los brazos. Otro tanto podemos decir de sus amigos, personajes de la vida san-

tiaguina: Isaías Cabezón y Elena Wilson, hechos con el cariño del amigo que toca todas las notas de la paleta para recordar a sus compañeros de tantas jornadas para amenizar la vida.

En una tarde de invierno de 1985 un jurado presidido por don Sergio Gaete Rojas, asesorado por Sergio Larraín García Moreno, Héctor Román, Hernán Meschi y Carlos Pedraza, decidió otorgarle el Premio Nacional de Arte, en mérito a muchas de las cualidades que hemos tratado de esbozar en estas líneas. La pincelada fogosa y el dibujo sumario, que se advierte en las composiciones monumentales, junto a las breves notas a la acuarela, se consignaron en el acta que se levantó en esta solemne ocasión. Se había consagrado a un pintor con sesenta años de permanente creatividad y feliz representante de lo autóctono, sin desmerecer el vuelo universal.

Los grandes críticos de arte han elogiado a este acuarelista de nota. Recordemos el juicio de Jorge Romero Brest, que expresó: “Es un intuitivo como Burchard, pero con una actitud en extremo diferente. Si aquél ama la ensoñación, éste prefiere hundirse en el esquema aparentemente equívoco de la naturaleza, para descubrir su sentido profundo. Aun en las telas más pequeñas, siempre ve la naturaleza en grande. Ya sea el tema urbano, el de la naturaleza vegetal o el marítimo, sus formas pictóricas señalan una marcada tendencia a la estructuración en grandes planos; pero su arte, guiado por la intuición solamente, no acusa todavía una personalidad maduramente definida, lo que explica, en parte, por su extrema juventud”.

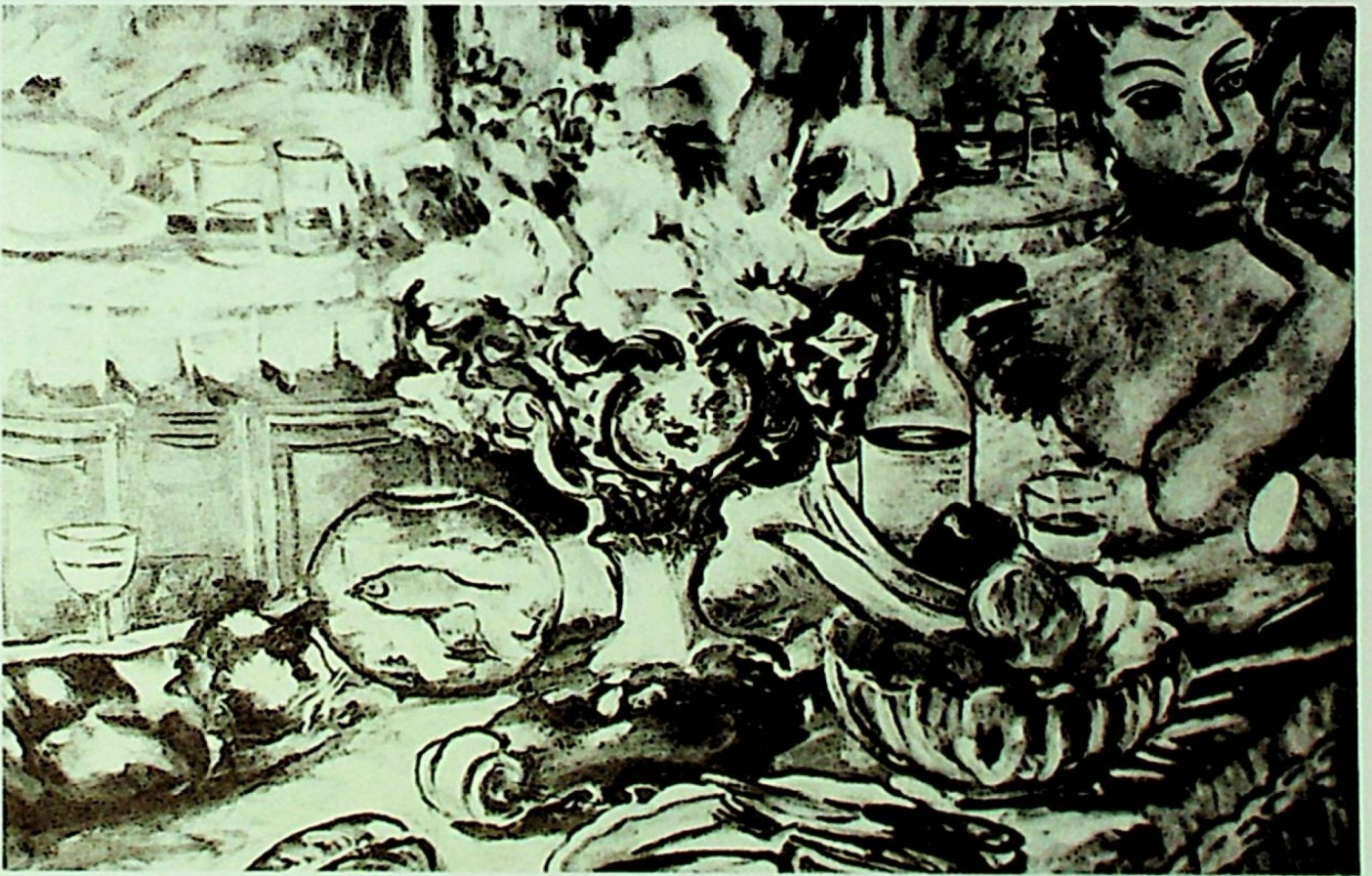
El brasileño Geraldo Ferraz escribió: “Ahora mirad hacia *Nocturno*, que es preciso escoger bien la luz para verlo, y comparad este trecho de playa con aquel fondo pobre, y ved cómo nos devuelve un trecho de María Angú, en noche muerta de aguas, que apenas murmuran para decir su presencia silenciosa en la grandeza, desolada. El techo de tejas rojas en una sola mancha, plástica, flagrante, densa de la belleza total de la materia, y toda la humedad nocturna. Tal vez el extremo a que puede llegar el agua en Roa esté, mirad bien, en este *Callejón de Chile*. Allí el artista se abandonó enteramente y nos transmigra su impresión en la delicadeza mayor que pudo obtener... Sin duda, estos aspectos urbanos pobres abundan en Roa”.

El español Antonio R. Romera, que fue tan determinante en el estudio del arte chileno, dijo: “Israel Roa, expresionista en *El día del pintor*, impulsivo, dramático a menudo, y fino acuarelista, suele sentir desdén, en el óleo hacia una ejecución afinada y sensible, a la pulcritud del “oficio”. La tendencia al descuido formal se compensa de sobra con la vibración fulgurante del colorido. Roa posee una personalidad muy definida”. Un estilo bullente, valiente, fascinante, que siempre atraerá al gustador artístico, pues se renueva constantemente a los ojos del contemplador alerta, que encuentra nuevos motivos para admirarlo.





*Israel Roa.*



*En el Museo de Arte Moderno de Nueva York.*





*I. Roa. Paisaje de Nurenberg.*





*I. Roa. Maternidad, dibujo acuarelado.*

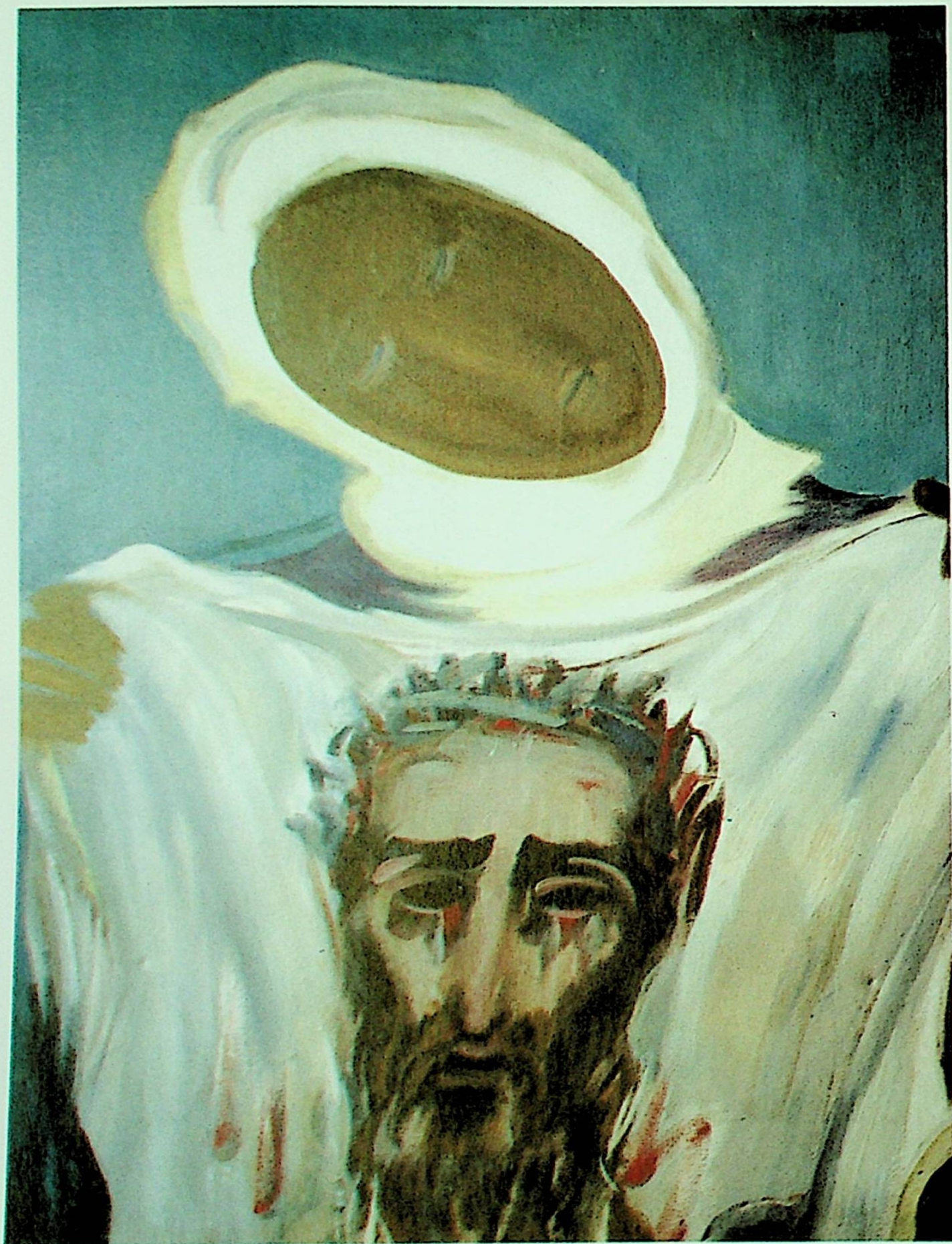


*I. Roa. Pablo Neruda, óleo.*



*I. Roa. Gabriela Mistral en la escuela, óleo.*





*I. Roa. El velo de la Verónica, óleo.*



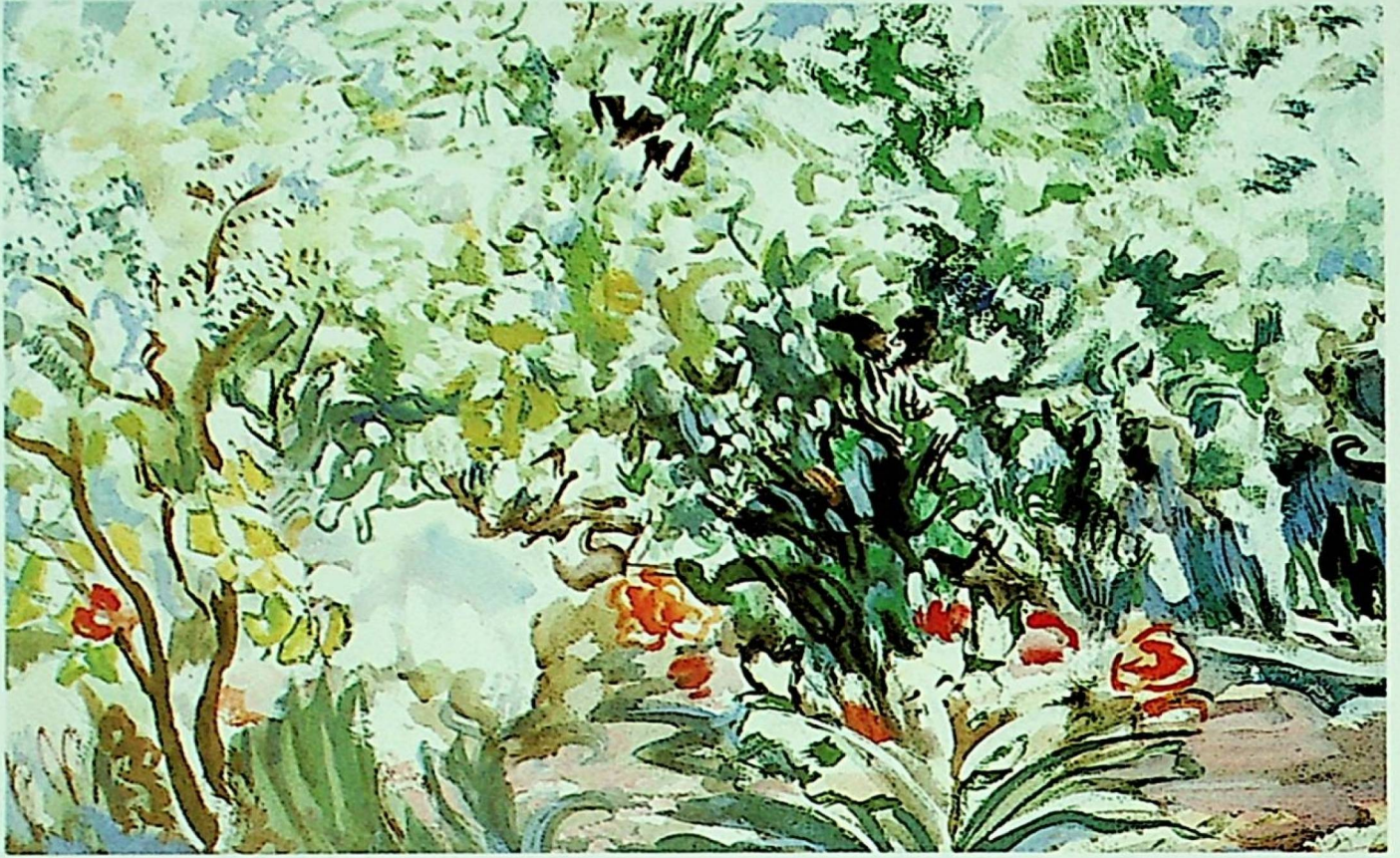


*I. Roa. Pampa del Tamarugal.*



*I. Roa. Paisaje de El Tabo.*





*I. Roa. Primavera, acuarela.*



*I. Roa. Dibujo.*





*I. Roa. Jacinto Pichintún.*





*I. Roa. Callampas, óleo.*



*I. Roa. En el jardín, acuarela.*